

Qué nos queda de Ignacio Ellacuría

Suplemento del Cuaderno núm. 164 de CiJ - (n.200) - Diciembre, 2009
R. de Llúria, 13, 08010 Barcelona - tel. 93 317 23 38, fax 93 317 10 94
info@fespinal.com - www.fespinal.com

Veinte años nos separan del asesinato de Ignacio Ellacuría, perpetrado por el ejército salvadoreño en la madrugada del 16 de noviembre de 1989, en el campus de la UCA (Universidad Centroamericana) de El Salvador. Junto con Ellacuría, jesuita vasco, nacionalizado salvadoreño, murieron también sus compañeros jesuitas Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López y López, y dos mujeres (una trabajadora doméstica y su hija, Elba y Celina Ramos), refugiadas junto a la residencia de los Padres durante aquellos días de toque de queda.

A lo largo de estos veinte años, la figura de Ignacio Ellacuría no ha menguado; todo lo contrario, ha crecido sin cesar, hasta constituirse este religioso jesuita en uno de los grandes cristianos del siglo XX, uno de los grandes filósofos españoles y uno de los teólogos cristianos más innovadores del posconcilio. ¿Qué nos queda de él veinte años después de su muerte?

Ellacuría y los mártires de la UCA

En los años 60 y 70 del siglo pasado, en América Latina había, y sigue habiendo,

unas desigualdades económicas enormes, fruto de siglos de colonialismo, y había, y ya no hay, dictaduras militares que abortaban cualquier intento de cambio estructural. La política exterior estadounidense daba apoyo explícito tanto a las multinacionales que expoliaban buena parte de las riquezas del subcontinente como a los gobiernos que consentían aquel expolio a cambio de beneficios privados. En la sociedad civil surgieron movimientos de protesta por todas partes, inicialmente pacíficos, y en la Iglesia surgió la Teología de la Liberación, que exponía que, dado

que la fe cristiana es un anuncio del Dios que desea la liberación, la vida digna para todos los hombres, entonces, en una sociedad donde hay injusticias estructurales, como era el caso de América Latina, anunciar la fe cristiana pasaba por analizar las estructuras de opresión y participar en su transformación. Tanto el movimiento de defensa de los derechos civiles como la Teología de la Liberación recibieron como respuesta una represión sangrienta: 75.000 muertos en El Salvador, 200.000 en Guatemala, miles de desaparecidos en Argentina y en Chile, y una larga lista de masacres.

Ignacio Ellacuría fue uno de los principales líderes de la Teología de la Liberación. Como rector de la UCA defendió un modelo de universidad que contribuyera a analizar científicamente la realidad histórica y que apoyara los procesos de transformación estructural. Sufrió amenazas reiteradas por parte de los “escuadrones de la muerte” (paramilitares de extrema derecha), pero no abandonó el país, salvo breves períodos en España. En los años 80, en plena guerra civil entre la guerrilla del FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional) y el ejército nacional, apoyado por la Administración Reagan-Bush, hizo de mediador para lograr la paz. Aunque él defendía la causa de los sublevados, consideraba que al pueblo salvadoreño no le interesaba que ganara ninguna de las dos partes, sino que se llegara a una paz justa, fruto de un proceso de negociación, al cual contribuyó él personalmente hasta el último día de su vida. Paradójicamente, la muerte de los ocho mártires de la UCA provocó que llegaran los Acuerdos de Paz, entre 1991 y 1992. Ellacuría solía decir que había que “hacerse cargo de la realidad” (entender los conflictos históricos desde dentro de ellos); “cargar con la re-

alidad” (carácter ético de la inteligencia: hacer que los conflictos históricos impregnen la reflexión intelectual) y “encargarse de la realidad” (carácter *práxico* de la inteligencia: hacer que la teoría sea luz para la praxis histórica). Solía decir también que, mientras las causas profundas de la injusticia estructural latinoamericana no fueran abordadas exhaustivamente, los conflictos violentos resurgirían de manera cíclica en el subcontinente. Por ello, la historia todavía no ha terminado.

Veinte años después, ¿qué nos queda?

Un cristianismo adulto

Con Ellacuría y otros cristianos posteriores al Concilio Vaticano II, el cristianismo recupera su forma original, la de la liberación ofrecida por Dios a todos los hombres, una liberación que alcanza todos los dominios de lo humano, incluido el socioeconómico y político, sin excluir lo personal y lo privado. Este cristianismo es un humanismo que entronca con la Ilustración (finales del siglo XVIII) e incluso es más radical que los movimientos históricos hijos de ésta: el liberalismo, el socialismo y el cientifismo.

La refundación de la vida religiosa.

Dentro del cristianismo, concretamente de la Iglesia católica, la vida religiosa recupera hoy su forma primitiva: una vocación minoritaria para aquellos que pretenden vivir ya históricamente algunos valores escatológicos del Reino de Dios. Si la vida religiosa contemplativa (como la de los benedictinos) transparenta una experiencia espiritual del hombre, la de vivir “*coram Deo*”, ante Dios, esto es, ante lo más profundo de sí mismo, la vida religiosa activa (como la de los jesuitas)

despliega la experiencia de Jesús, aquel que vivió de cara al Padre y centrado en los excluidos de la sociedad, a fin de dar vida allí donde ésta es negada. Ignacio Ellacuría centró su vida religiosa en el servicio a los pobres del país donde vivía, El Salvador, en la región centroamericana, en el subcontinente latinoamericano, en esa realidad poscolonial denominada Tercer Mundo. Uno de los cerebros más privilegiados de la filosofía y de la teología del siglo xx, con el impulso de su vocación religiosa, optó por servir la causa de los campesinos sin tierra del “Pulgarcito de América”, El Salvador. Ellacuría contribuyó a refundar la vida religiosa, a la que le dio un sentido nuevo en el alba del siglo xxi.

La teología histórica, un modo radicalmente nuevo de hacer teología

La Teología de la Liberación supuso una novedad de gran importancia en la historia de la Teología. Su novedad estuvo en lo sistemático y en lo fundamental. En el orden de la *teología sistemática*, la gran aportación de la Teología de la Liberación consistió en reinterpretar todo el mensaje cristiano en clave de soteriología histórica: el cristianismo es el anuncio de la salvación de Dios ofrecida a todos los hombres, una salvación que abarca todos los órdenes de lo humano (incluido el económico, el social y el político) y que se realiza ya en la historia: en la de Israel (como promesa), en la de Jesús (como cumplimiento) y en la de la Iglesia (como despliegue). Esa salvación se historiza en forma de liberación. En un mundo de grandes injusticias estructurales, el anuncio de la fe se concreta en el trabajo activo a favor de la justicia, concretamente a favor del cambio de esas estructuras.

En el orden de la *teología fundamental*, la Teología de la Liberación aportó un

nuevo modo de hacer teología, que Ellacuría denominó “teología histórica”. La teología cristiana da razón de la experiencia de fe que muchos hombres han tenido en el Dios Padre revelado en el hombre Jesús, experiencia que se da en el Espíritu. Quien vive esta experiencia, se siente invitado a participar activamente en la vida de los hombres de su tiempo y de su cultura, lo cual significa conocerlos, lo cual, a su vez, significa acoger los estudios científicos que estudian al hombre (ciencias sociales) y a la naturaleza que le rodea (ciencias naturales). Por ello, la teología debe estar en constante diálogo con las ciencias, y no cerrada sobre sí.

La teología cristiana tiene un carácter histórico, ya que interpreta el presente histórico desde la Biblia, y, al mismo tiempo, relee la Biblia desde el presente histórico. Ahora bien, este carácter histórico de toda teología cristiana no le da un valor sólo particular, sino también universal, pues toda la salvación se da en cada fragmento de la historia humana, del mismo modo que la total autodonación de Dios se dio en las historias particulares de Israel y de Jesucristo y sus discípulos.

Con ello, la pluralidad teológica no es simplemente una posibilidad entre otras, sino una característica intrínseca de la teología cristiana, del mismo modo que la revelación de Dios en Israel y en Jesucristo no se dio de una sola vez y para siempre, sino que se fue dando a lo largo de la historia, a través de múltiples y distintas vidas humanas y a través de múltiples y distintos textos.

La teología es luz, y la luz sólo ilumina en la oscuridad. Por ello, el lugar propio de la teología es el de la oscuridad humana, donde lo humano es negado de un modo u otro. Ellacuría, en el contexto de la América Latina y del Tercer Mundo de los años 1969-89, habló de “los pobres co-

mo lugar teológico”. Demos un paso más. El lugar teológico es, en general, la oscuridad de lo humano en cualquiera de sus formas.

La función liberadora de la filosofía.

Ellacuría, además de desarrollar junto con Xavier Zubiri la filosofía realista española, que aquí no expondremos, redescubrió la función liberadora del filosofar como tal, entroncando con Sócrates. Toda filosofía sería debe *ser crítica*, lo que supone que contribuye a desenmascarar las ideologizaciones dominantes en el pensamiento de cada momento histórico; *fundamentadora*, mediante lo cual aporta las columnas sobre las que se apoya la búsqueda de la verdad; y *creadora*, lo que hace que la filosofía ilumine, interprete y transforme la realidad. Y esto nos lleva a hablar de la universidad.

La función social de la universidad

En la segunda mitad del siglo xx, en diferentes latitudes, las universidades adoptaron una función ambivalente: eran lugares de riguroso análisis social y de contribución a transformaciones históri-

cas, pero, al mismo tiempo, eran instituciones que formaban a los jóvenes para posicionarse con éxito en el sistema, sin cuestionarlo. Ellacuría defendió que la universidad, a través de su triple dimensión docente, investigadora y de proyección social, se pusiera al servicio inmediato de todos los miembros de la sociedad, para lo cual debía consagrar sus energías al estudio de aquellas estructuras que, por ser estructuras, condicionan para bien o para mal la vida de todos los ciudadanos. Decía Ellacuría que la universidad tiene que analizar críticamente esas estructuras, debe contribuir universitariamente a la denuncia y destrucción de las injusticias y debe crear modelos nuevos para que la sociedad y el Estado puedan ponerlas en marcha.

Ellacuría nos ha aportado claves para entender y para transformar el mundo del siglo xxi: ha situado la experiencia de fe en el corazón de lo humano, ha logrado articular la teología con las ciencias modernas, y ha situado la teoría, que es análisis e interpretación, al servicio de la praxis histórica de transformación.

José Sols Lucia¹

1. Especialista en el pensamiento de Ignacio Ellacuría, miembro del Centro de Estudios Cristianisme i Justícia, coordinador de la Cátedra de Ética y Pensamiento Cristiano del IQS, Universidad Ramon Llull, Barcelona, y autor, entre otros estudios, de *El legado de Ignacio Ellacuría* (Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1998) y *La teología histórica de Ignacio Ellacuría* (Trotta, Madrid, 1999).